

### NOTAS DE ESTE TOMO.

(A) »Sensible es, dice Washington Irving, que empañase Colon su brillante nombre con accion tan fea: es triste ver la cara gloria de sus empresas oscurecida con violacion tan fragante de los derechos de la humanidad.

»Las costumbres de aquellos tiempos son su única excusa.

»Los españoles y los portugueses habian sentado desde mucho tiempo este precedente funesto en sus descubrimientos africanos, siendo el tráfico de esclavos una de las más ricas fuentes de sus ganancias.

»En efecto: la más alta autoridad sancionaba esta práctica, la autoridad de la Iglesia misma; pues los más doctos teólogos aseveraron que todas las naciones bárbaras ó infieles que cierran sus oídos á las verdaderas de la cristiandad, son objeto de guerra y de rapiña, de cautiverio y de esclavitud.

»Si hubiese Colon necesitado ejemplos y demostraciones prácticas de esta doctrina, en la conducta de Fernando mismo las hubiera hallado, quien en las últimas guerras contra los moros de Granada estaba siempre rodeado de una nube de consejeros espirituales, y pretendia obrar sólo por la gloria y progreso de la fé.

»En aquella guerra santa, como solian llamarla, era práctica comun hacer entradas por tierra de moros, y llevarse *cavalgadas*, no sólo de ganados, sino de hombres, y no precisamente de los que se habian hecho prisioneros con las armas en la mano, sino de pacíficos labradores, industriosos aldeanos, inocentes niños y desvalidas mujeres, quienes iban al mercado de Sevilla, ó de la ciudad grande, y se vendian como esclavos.

«Suministró un ejemplo memorable de tales procedimientos la toma de Málaga, despues de la cual, para castigo de una obstinada defensa, que debiera haber causado admiracion en vez de venganza, once mil personas de ambos sexos y de todas condiciones y edades, muchas de ellas de la más fina educacion, se vieron repentinamente arrancadas de sus hogares, separadas unas de otras, y sujetas á la esclavitud, aun despues de haber pagado ya la mitad de su rescate.»

Estas circunstancias no se recuerdan para vindicar, sino para explicar la conducta de Colon. Obraba en conformidad con las costumbres de su tiempo, y sancionaba sus disposiciones el ejemplo del soberano á quien servia.

Las Casas, celoso y entusiasta abogado de los indios, que aprovecha todas las ocasiones para clamar vehementemente contra la esclavitud, habla de Colon sobre este punto con la mayor indulgencia.

«Si aquellos hombres doctos y piadosos, dice, á quienes

tomaron los reyes por guías é instructores, ignoraban la injusticia de esta práctica, ¿qué mucho que el almirante la ignorase también?»

(B) Cuadrúpedo pequeño como el gazapo, con el hocico agudo y las orejas tan pequeñas y tan unidas á la cabeza, que parece que no las tiene. Carece de cola. Sus patas son muy delicadas, blancas como el armiño, ó negras como el ébano. Es muy manso, muy bello, y tiene la ligereza de la gacela.

(C) Este era un arroyo de los más importantes de la isla. Pasando por la ciudad de Bonaó, camina á perderse en el mar por el Norte. Después de la conquista se cubrieron sus orillas de palacios, porque era uno de los sitios más pintorescos de la isla.

(D) Arbol que produce un fruto semejante á las moras, con el que fabrican una bebida, cuya principal propiedad es hacer engordar á los que la toman.

(E) Especie de lanza hecha de palmera, de corbana ó de hicana, de tres dedos de ancho y dos varas y media de alto, que blandian los indios con las dos manos.

(F) *Leyendas americanas* de Güell y Renté.

(G) Arbol muy grande, cuyo fruto es amarillo como la ciruela. Los indios hacían una infusión con su corteza y se bañaban en ella para reanimar las fuerzas de sus miembros. También dormían á su sombra para curarse de las enfermedades nerviosas. Este árbol no tiene hojas más que en la primavera. Cuando carecían de agua los indios, cogían sus raíces y apagaban su sed chupándolas.

(H) La más delicada y la más dulce de las raíces, de la clase de las patatas y de la familia de las cebollas, que se compone de atibianex guaracas, guacaraycas y guanenagas. Los indios las comían cocidas ó asadas.

(I) Banco que hacía entre ellos las veces de reclinatorio.

En él se sentaban los caciques para entregarse á sus oraciones.

(J) El Ozama y el Neira son dos arroyos. El Ozama se pierde en el mar del Sur, atraviesa la ciudad de Santo Domingo, procedente del Norte, en donde tiene su origen, y recibe á cosa de una legua antes de la ciudad el gran río Isabela, que viene desde el Nordeste. Su profundidad es de cuatro brazas.

El Neira atraviesa la ciudad de Maguana, y en sus aguas es donde se pesca el manatí.

(K) El jaruma es un gran árbol de muchas y espesas hojas, mucho más grandes que las de la higuera. Su fruta es muy dulce; los indios la comían, y curaban sus heridas con el jugo. Sus hojas son por un lado de un color verde claro y por el otro casi blancas.

El xagua es un árbol muy alto y muy recto. Con sus ramas formaban sus lanzas los indios. Su fruto es del volumen de la adormidera. Se saca de él un agua trasparente, con la que los naturales se untaban las piernas y el cuerpo cuando estaban cansados. Esta agua tiene la propiedad de apretar las carnes y de teñirlas de un negro que dura muchos días. Los indios se teñían con ella cuando iban á pelear, y lograban dar á su cutis el color y el brillo del azabache.

El copeye es un árbol muy grande y muy duro, en cuyas hojas grababan los indios ciertos signos, con los que, por decirlo así escribían sus memorias. En los primeros tiempos de la conquista, las emplearon los españoles en reemplazo del papel.

El majagua es un árbol gigantesco, de hojas verdes, frescas y anchas. Su fruto tiene la forma de la aceituna y el sabor de la careza.

El guaconex es un árbol de las dimensiones de peral. Su hoja es muy parecida á la del granado, su tronco está lleno de sávia, y con sus ramas se hacen teas muy buenas. Cocidas en agua, producen una especie de aceite, que contiene la sangre y cura las heridas de arma blanca. También cura los tumores fríos.

El macagua, por último, es un árbol cuya hoja se parece mucho á la del madroño, aunque es más pequeña y menos verde. Produce una fruta pequeña, de un color semejante al ámbar. La infusión de sus hojas cura toda clase de granos, los accesos y las llagas.

(L) El tocororo es un pájaro precioso, de color verde tornasolado, con cabeza y collar escarlata, ó azul oscuro y blanco.

(LL) Hierba olorosa y fresca, que apenas sale de la superficie de la tierra. Produce flores grises muy pequeñas y bonitas, que son símbolo de amor.

(M) Reproducimos casi al pie de la letra, traduciéndolas del francés, estas palabras que atribuye el Sr. Güell y Renté en sus bellísimas *Leyendas americanas* á Anacaona, porque no encontramos otras más expresivas, nada que dé mejor á conocer el carácter y el espíritu de aquella desgraciada reina, que ha encontrado un intérprete digno en el inspirado poeta. Al mismo tiempo que en su libro, hallamos en la historia de los indios y en algunas otras obras la descripción de los árboles, aves y objetos que poseían los indios, con el fin de completar el cuadro que estamos trazando con tan bellos detalles.

(N) Plaza destinada á los juegos de pelota, á que eran muy aficionados los indios. Las pelotas las hacían con resina al fuego, y eran más elásticas que las que se emplean en Europa. En estas mismas plazas se cantaban los areíbas y

arcitos, especie de canciones destinadas á narrar los acontecimientos de la historia, que los ancianos enseñaban á las vírgenes y transmitían de generación en generación.

(Ñ) Especie de vaso hecho con el fruto del higuero, el que llenaban de magüey, bebida que los sacerdotes indios tomaban para recibir la inspiración de los tzimes.

(O) El padre Las-Casas en su *Historia de las Indias*.

(P) Pan blanco que extraían los indios de una raíz llamada ipatex. La molían con dos piedras, la pasaban por un tamiz, y sólo conservaban la sustancia farinácea. Después de amasarla, colocaban la masa entre dos piedras, bajo las cuales encendían una hogera. De este modo fabricaban unas tortas muy buenas, á las que daban el nombre de cazalis.

(Q) Una real orden mandó que se vendiesen como esclavos en los mercados de Andalucía, según era costumbre de hacerlo con los negros de la costa de Africa y los prisioneros hechos en la guerra de Granada.

Pero á Isabel la habían interesado profundamente las descripciones del carácter hospitalario y bondadoso de aquellos isleños.

Los descubrimientos se hicieron bajo sus auspicios; se creía patrona especial de los pueblos del Nuevo Mundo, y anticipaba con piadoso entusiasmo la gloria de conducirlos desde las tinieblas á los senderos de la luz.

Se resistía su ánimo compasivo á tratarlos como esclavos, á pesar de las costumbres de aquel tiempo.

Cinco días después de la real orden para la venta, escribieron los soberanos al obispo Fonseca suspendiendo aquel mandato hasta que se averiguase la causa por que habían sido los indios hechos prisioneros, y se consultase á los teólogos si sería su venta lícita á los ojos de Dios. Muchas opiniones diversas emitieron los doctos sobre este asunto, y

la reina se decidió definitivamente, según el dictámen de su ilustrada conciencia y caritativo corazón.

(R) Así llamaban los indios al huracán, y esta palabra, más ó ménos modificada, ha servido desde entonces á todos los idiomas para expresar esos horribles temporales que por primera vez descubrieron los europeos en aquella region del mundo.

(S) Esta suma equivale á 3.195 pesos fuertes.

(T) Aquel terreno bajo de la costa era el que se halla interceptado por los numerosos brazos ó ramales del rio Orinoco.

(U) El guanaco es una especie de lagarto, de la familia del cocodrilo, aunque más pequeño. Su deformidad y asquerosa vista habia causado repugnancia desde el principio á los españoles; pero el adelantado Bartolomé Colón, invitado á comerle por Anacaona, no quiso despreciarla, y gustó el guanaco. Tambien le supo, que repitió dos ó tres veces. Sus compañeros le imitaron, y muchos de ellos, al volver á España, aseguraban que su carne era mucho más agradable que la del faisán y la perdiz. (*Pedro Mártir.*)

(V) Esta version se encuentra en un escrito de fray Roman Pane, una de los misioneros que predicaban el Evangelio en aquella época entre los indios.

## INDICE DEL TOMO TERCERO.

### PARTE TERCERA.

#### **LAS ARMAS DE LA ENVIDIA.**

	Páginas.
CAPÍTULO I.—La cueva de una gitana. . . . .	9
II.—Donde Aguado empicza á seguir al pié de la letra los consejos de la gitana. . . . .	16
III.—Un desaire. . . . .	26
IV.—Aberraciones. . . . .	40
V.—La venganza de un marido. . . . .	52
VI.—Expiacion. . . . .	61
VII.—Fin de un drama. . . . .	70
VIII.—El peregrino. . . . .	81
IX.—La resolucion de un padre. . . . .	90
X.—Ardides femeniles. . . . .	97
XI.—Donde se cuenta cómo asistió Bartolomé Colón al descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza. . . . .	105
XII.—Aclaraciones. . . . .	112
XIII.—Sitio y defensa del fuerte de Santo Tomás. . . . .	124

	Páginas.
CAPÍTULO XIV.—Intrigas de Flor de Palma. . . . .	132
XV.—Donde Bartolomé Colon comunica á su hermano la desercion de Margarite y de otros conjurados. . . . .	140
XVI.—Reconciliacion. . . . .	149
XVII.—Un nuevo triunfo de Colon. . . . .	155
XVIII.—Donde Guarionex forja sin saberlo sus propias cadenas. . . . .	163
XIX.—La vanidad. . . . .	171
XX.—Un lazo. . . . .	180
XXI.—El valor de la desesperacion. . . . .	189
XXII.—Un rayo de luz. . . . .	194
XXIII.—Entereza de Caonabo. . . . .	201
XXIV.—Una triste profecia. . . . .	210
XXV.—La primera batalla en el Nuevo Mundo. . . . .	217
XXVI.—El tributo. . . . .	224
XXVII.—La esposa de Guarionex. . . . .	233
XXVIII.—Muerte de Guacanajari. . . . .	240
XXIX.—La maledicencia. . . . .	247
XXX.—Los calumniadores. . . . .	253
XXXI.—Perfidia. . . . .	264
XXXII.—Rehabilitacion. . . . .	272
XXXIII.—Astucia femenil. . . . .	279
XXXIV.—Al maestro cuchillada. . . . .	287
XXXV.—Arcanos de la Providencia. . . . .	293
XXXVI.—El fantasma. . . . .	301
XXXVII.—Donde se vé cómo un malvado muere á manos de la honra. . . . .	311
XXXVIII.—Donde aparece el tigre bajo el cordero. . . . .	322
XXXIX.—Dios y el hombre. . . . .	332
XL.—La conversion de Higuamota. . . . .	343
XLI.—Adonde se prueba una vez más que no hay mal que por bien no venga. . . . .	348
XLII.—Las minas Hayna. . . . .	358
XLIII.—Hambre á bordo. . . . .	365
XLIV.—El valor de la desesperacion. . . . .	374
XLV.—Consejos de un moribundo. . . . .	380

	Páginas.
CAPÍTULO XLVI.—Donde Colon habla á los reyes y disipa sus dudas. . . . .	384
XLVII.—Los juegos de la fortuna. . . . .	393
XLVIII.—El arte de hacer fortuna. . . . .	402
XLIX.—Temores y dudas. . . . .	411
L.—Donde se acaba la paciencia al almirante. . . . .	417
LI.—Descubrimiento de la Trinidad. . . . .	426
LII.—Impresiones de viaje. . . . .	471
LIII.—Descubrimiento del Golfo de Paria. . . . .	437
LIV.—Donde se forma idea de los indios de Paria, y se saben algunos pormenores curiosos de aquel pais. . . . .	444
LV.—Donde Bartolomé Colon obedece las órdenes de su hermano, y vá á Xaragua con ánimo de engañar á Anacaona. . . . .	454
LVI.—Historia de un hombre malo. . . . .	470
LVIII.—Diplomacia sentimental. . . . .	477
LIX.—Mayabonex. . . . .	487
LX.—Profanacion. . . . .	495
LXI.—Historia de un cuento. . . . .	500
LXII.—Donde verá el lector indios buenos y españoles malos. . . . .	505
LXIII.—Los rebeldes. . . . .	512
LXIV.—Negociaciones de Bartolomé Colon con los rebeldes. . . . .	521
LXV.—Un hombre desalmado. . . . .	527
LXVI.—Donde se vé que es cierto que la Providencia aprieta, pero no ahoga. . . . .	530
LXVII.—Pedro Coronel. . . . .	539
LXVIII.—Heroismo. . . . .	545
LXIX.—Desastres de la guerra. . . . .	553
LXX.—Un hombre vil. . . . .	663
LXXI.—Miguel Ballester. . . . .	571
LXXII.—De necesidad virtud. . . . .	584
LXXIII.—Donde se vé cómo juega la maldad con la buena fé. . . . .	590

CAPÍTULO LXXIV.—Que es poco más ó ménos una continuacion de anterior. . . . . 598

LXXV.—Una historia dentro de otra. . . . . 609

LXXVI.—Ventajas de no dejarse seducir por las malas tentaciones. . . . . 619

LXXVII.—Intrigas. . . . . 627

LXXVIII.—Ardides de Mógica. . . . . 635

LXXIX.—Indignacion y severidad. . . . . 646

LXXX.—Bobadilla. . . . . 652

LXXXI.—Un juez apasionado. . . . . 660

LXXXII.—La popularidad. . . . . 668

LXXXIII.—Leales y traidores. . . . . 676

LXXXIV.—Donde se vé cómo sufren las adversidades los hombres de gran corazon. . . . . 681

LXXXV.—El colmo de la infamia. . . . . 690

FIN DEL TERCER TOMO.





